

Arthur Conan Doyle

El detective moribundo



E LEJANDRIA

El detective agonizante

Arthur Conan Doyle

La señora Hudson, la patrona de Sherlock Holmes, tenía una larga experiencia de sufrimiento. No sólo encontraba invadido su primer piso a todas horas por bandadas de personajes extraños y a menudo indeseables, sino que su notable huésped mostraba una excentricidad y una irregularidad de vida que sin duda debía poner duramente a prueba su paciencia. Su

increíble desorden, su afición a la música a horas extrañas, su ocasional entrenamiento con el revólver en la habitación, sus descabellados y a menudo malolientes experimentos científicos, y la atmósfera de violencia y peligro que le envolvía, hacían de él el peor inquilino de Londres. En cambio, su pago era principesco. No me cabe duda de que podría haber comprado la casa por el precio que Holmes pagó por sus

habitaciones en los años que estuve con él.

La patrona sentía el más profundo respe-

to hacia él y nunca se atrevía a llamarle al orden por molestas que le parecieran sus costumbres. Además, le tenía cariño, pues era un

hombre de notable amabilidad y cortesía en su trato con las mujeres. Él las detestaba y desconfiaba de ellas, pero era siempre un adversario caballeroso. Sabiendo qué auténtica era su consideración hacia Holmes, escuché atentamente el relato que ella me hizo cuando vino a mi casa el segundo año de mi vida de casado y me

habló de la triste situación a la que estaba reducido mi pobre amigo.

- Se muere, doctor Watson -dijo-. Lleva

tres días hundiéndose, y dudo que dure el día de hoy. No me deja llamar a un médico. Esta

mañana, cuando ví cómo se le salen los huesos de la cara, y cómo me miraba con sus grandes ojos brillantes, no pude resistir más. «Con su permiso o sin él, señor Holmes, voy ahora mismo a buscar a un médico», dije. «Entonces, que sea Watson», dijo. Yo no perdería ni una hora en ir a verle, señor, o a lo mejor ya no lo ve vivo. Me quedé horrorizado, pues no había sabido nada de su enfermedad.

Ni que decir tiene que me precipité a buscar mi abrigo y mi sombrero. Mientras íbamos en el coche, pregunté detalles.

- Tengo poco que contarle. El había esta-

do trabajando en un caso en Rotherhithe, en un callejón junto al río, y se ha traído la enfermedad con él. Se acostó el miércoles por la tarde y desde entonces no se ha movido. Durante esos tres días no ha comido ni bebido nada.

- ¡Válgame Dios! ¿Por qué no llamó a su médico?

- El no quería de ningún modo, doctor

Watson. Ya sabe que dominante es. No me

atreví a desobedecerle. Pero no va a durar mucho en este mundo, como verá usted mismo en

el momento en que le ponga los ojos encima.

Cierto que era un espectáculo lamenta-

ble. En la media luz de un día neblinoso de noviembre, el cuarto del enfermo era un lugar tenebroso, y esa cara macilenta y consumida

que me miraba fijamente desde la cama hizo

pasar un escalofrío por mi corazón. Sus ojos

tenían el brillo de la fiebre, sus mejillas estaban encendidas de un modo inquietante, y tenía los labios cubiertos de costras oscuras; las flacas manos sobre la colcha se agitaban convulsivamente, y su voz croaba de modo espasmódico.

Siguió tendido inerte cuando entré en el cuarto, pero al verme hubo un fulgor de reconocimiento en sus ojos.

- Bueno, Watson, parece que hemos caído

en malos días -dijo con voz débil, pero con algo de su vieja indolencia en sus modales.

- ¡Mi querido amigo! -exclamé, acercándome a él.

- ¡Atrás! ¡Échese atrás! -dijo, del modo ta-

jante e imperioso que yo había visto en él sólo en momentos de crisis-. Si se acerca a mí, Watson, mandaré echarle de casa.

- Pero ¿por qué?

- Porque ése es mi deseo. ¿No basta?

Si, la señora Hudson tenía razón. Estaba

más dominante que nunca. Sin embargo, era

lamentable ver su agotamiento.

- ¡Exactamente! Ayudará mejor haciendo lo que se le dice.

- Es verdad, Holmes.

El suavizó la dureza de sus maneras.

- ¿No estará irritado? -preguntó, jadeando para obtener aliento.

Pobre hombre, ¿cómo iba yo a estar irritado al verlo tendido en tal situación frente a mí? - Es por su bien, Watson - coreó.

- ¿Por mi bien?

- Sé lo que me pasa. Es una enfermedad de los coolíes de Sumatra, algo que los holandeses conocen mejor que nosotros, aunque has-ta ahora no han conseguido mucho. Sólo una cosa es cierta. Es mortal de necesidad, y es terriblemente contagiosa.

Ahora hablaba con una energía febril, con las largas manos convulsionándose y sacudiéndose en gestos para que me alejara.

- Contagiosa por contacto; eso es. Mantenga la distancia y todo irá bien.

- ¡Válgame Dios, Holmes! ¿Supone que eso va a influir en mí por un momento? No me afectaría en el caso de un desconocido. ¿Se

imagina que me impediría cumplir mi deber con tan viejo amigo?

Volví a avanzar, pero me rechazó con una mirada de cólera furiosa.

- Si se queda ahí, le hablaré. Si no, tiene

que marcharse de este cuarto.

Siento tan profundo respeto por las ex-

traordinarias cualidades de Holmes, que siempre he obedecido a sus deseos, aun cuando menos los entendiera. Pero ahora todo mi instinto profesional estaba excitado. Aunque él fuera mi jefe en otro sitio, en un cuarto de un enfermo yo era el suyo.

- Holmes -dije-, usted no es usted mismo.

Un enfermo es sólo un niño, y así le voy a tratar. Quiéralo o no, voy a examinar sus síntomas y lo voy a tratar.

Me miró con ojos venenosos.

- Si debo tener un médico, quiéralo o no, por lo menos que sea uno en quien tenga confianza -dijo.

- ¿Entonces no la tiene en mí?

- En su amistad, ciertamente. Pero los

hechos son los hechos, Watson, y después de

todo, usted es sólo un médico general de experiencia muy limitada y de títulos mediocres. Es doloroso tener que decir estas cosas, pero me obliga a ello.

Me sentí muy ofendido.

- Tal observación no es digna de usted,

Holmes. Me muestra muy claramente el estado

de sus nervios. Pero si no tiene confianza en mí, no le impondré mis servicios. Traigamos a sir Jasper Meek, o Penrose Fisher, o cualquiera de los mejores de Londres. Pero alguno tiene que aceptar, y eso es definitivo. Si

creo que voy a quedarme aquí quieto, viéndole morir sin ayudarlo bien por mí mismo o bien trayendo otro para que le ayude, se ha equivocado de persona.

- Tiene buenas intenciones, Watson -dijo el enfermo, con algo entre un sollozo y un ge-mido-. ¿Tengo que demostrarle su propia igno-rancia? ¿Qué sabe usted, por favor, de la fiebre Tapanuli? ¿Qué sabe de la corrupción negra de Formosa?

- No he oído hablar de ninguna de las dos cosas.

- En Oriente, Watson, hay muchos pro-

blemas de enfermedades, muchas posibilidades patológicas extrañas. -Se contenía después de cada frase para concentrar su menguante energía-. He aprendido mucho en algunas investi-

gaciones recientes de índole médico-criminal.

En el transcurso de ellas he dado con esa enfermedad. Usted no puede hacer nada.

- Quizá no. Pero por casualidad sé que el

doctor Ainstree, la mayor autoridad viviente en enfermedades tropicales, está ahora en Londres. Es inútil toda protesta, Holmes. Voy a buscarle ahora mismo -y me dirigí decidido

hacia la puerta.

¡Nunca he sufrido tal choque! En un momento, con un salto de tigre, el agonizante me había interceptado. Oí el brusco chasquido de una llave al girar. Un momento después,

volvió tambaleante a su cama, agotado y ja-

deante después de esa única llamarada de

energía.

- No me quitará la llave por la fuerza,

Watson. Ya le tengo, amigo mío. Aquí está, y aquí se quedará hasta que yo disponga otra

cosa. Pero le seguiré el humor. -Todo eso en breves jadeos, con terribles luchas en medio, buscando aliento-. Sólo piensa usted en mi

propio bien. Se saldrá con la suya, pero déme tiempo de reunir fuerzas. Ahora no, Watson,

ahora no. Son las cuatro. A las seis se puede ir.

- Eso es una locura, Holmes.

- Sólo dos horas, Watson. Le prometo que se irá a las seis. ¿Está contento de esperar?

- Parece que no tengo alternativa.

- En absoluto, Watson. Gracias, no necesito ayuda para arreglar la ropa de la cama. Usted, por favor, guarde la distancia. Bueno, Watson, sólo hay otra condición que yo pondría.

Usted buscará ayuda, pero no del médico que ha mencionado, sino del que elija yo.

- No faltaba más.

- Las tres primeras palabras sensatas que

ha pronunciado desde que entró en este cuarto, Watson. Ahí encontrará algunos libros. Estoy un tanto agotado; no sé cómo se sentirá una

batería cuando vierte la electricidad en un no-conductor. A las seis, Watson, reanudaremos

nuestra conversación.

Pero estaba destinada a reanudarse mu-

cho antes de esa hora, y en circunstancias que me ocasionaron una sacudida sólo inferior a la causada por su salto a la puerta. Yo llevaba varios minutos mirando la silenciosa figura que había en la cama. Tenía la cara casi cubierta y parecía dormir. Entonces, incapaz de quedarme sentado leyendo, me paseé despacio por el

cuarto, examinando los retratos de delincuentes célebres con que estaba adornado. Al fin, en mi

paseo sin objetivo, llegué ante la repisa de la chimenea. Sobre ella se dispersaba un caos de pipas, bolsas de tabaco, jeringas, cortaplumas, cartuchos de revólver y otros chismes. En medio de todo esto, había una cajita blanca y negra, de marfil, con una tapa deslizante. Era una cosita muy bonita; había extendido yo la mano para examinarla más de cerca cuando...

Fue terrible el grito que dio..., un aullido

que se podía haber oído desde la calle. Sentí frío en la piel y el pelo se me erizó de tan horrible chillido. Al volverme, vislumbré un atisbo de cara convulsa y unos ojos frenéticos. Me

quedé paralizado, con la cajita en la mano.

- ¡Deje eso! Déjelo al momento, Wat-

son..., ¡al momento, digo! -Cuando volví a po-

ner la caja en la repisa, su cabeza volvió a hundirse en la almohada, y lanzó un hondo suspiro de alivio-. Me molesta que se toquen mis cosas, Watson. Ya sabe que me molesta. Usted enreda más de lo tolerable. Usted, un

médico..., es

bastante como para mandar a un paciente al

manicomio. ¡Siéntese, hombre, y déjeme repo-sar! Ese incidente dejó en mi ánimo una im-

presión muy desagradable. La violenta excita-ción sin motivo, seguida por esa brutalidad de lenguaje, tan lejana de su acostumbrada suavi-dad, me mostraba qué profunda era la desor-

ganización de su mente. De todas las ruinas, la de una mente noble es la más deplorable. Yo

seguí sentado en silenciosa depresión hasta que pasó el tiempo estipulado. Él parecía haber

observado el reloj tanto como yo, pues apenas eran las seis cuando empezó a hablar con la

misma excitación febril de antes.

- Bueno, Watson -dijo-. ¿Lleva cambio en

el bolsillo?

- Sí.

- ¿Algo de plata?

- Bastante.

- ¿Cuántas coronas?

- Tengo cinco.

- ¡Ah, demasiado pocas! ¡Demasiado pocas! ¡Qué mala suerte, Watson! Sin embargo, tal como son, métaselas en el bolsillo del reloj, y todo su otro

dinero, en el bolsillo izquierdo del pantalón. Gracias. Así se equilibrará mucho

mejor. Era una locura delirante. Se estremeció y volvió a emitir un ruido entre la tos y el sollozo.

- Ahora encienda el gas, Watson, pero

tenga mucho cuidado de que ni por un momen-

to pase de la mitad. Le ruego que tenga cuida-do, Watson. Gracias, así está muy bien. No, no hace falta que baje la cortinilla. Ahora tenga la bondad de poner unas cartas y papeles en esa mesa a mi alcance. Gracias. Ahora algo de esos trastos de la repisa. ¡Excelente, Watson! Ahí hay unas pinzas de azúcar. Tenga la bondad de levantar con ayuda de ellas esa cajita de marfil.

Póngala ahí entre los papeles. ¡Bien! Ahora

puede ir a buscar al señor Culverton Smith, en Lower Street, 13.

- Nunca he oído tal nombre -dije.

- Quizá no, mi buen Watson. A lo mejor le sorprende saber que el hombre que más en-tiende en el mundo sobre esta enfermedad no

es un médico, sino un plantador. El señor Culverton Smith es un conocido súbdito de Suma-

tra, que ahora se encuentra de viaje en Londres.

Una irrupción de esta enfermedad en su plan-

tación, que estaba muy lejos de toda ayuda

médica, le hizo estudiarla él mismo, con conse-cuencias de gran alcance. Es una persona muy metódica, y no quise que se pusiera usted en marcha antes de las seis porque sabía muy bien que no lo encontraría en su estudio. Si pudiera persuadirle para que viniera aquí y nos hiciera beneficiarios de su

experiencia impar en esta enfermedad, cuya investigación es su entretenimiento favorito, no dudo que me ayudaría.

Doy las palabras de Holmes como un to-

do consecutivo, y no voy a intentar reproducir cómo se interrumpían con jadeos tratando de

recobrar el aliento y con apretones de manos que indicaban el dolor que sufría. Su aspecto

había empeorado en las pocas horas que llevaba yo con él. Sus colores febriles estaban más pronunciados, los ojos brillaban más desde

unos huecos más oscuros, y un sudor frío recorría su frente. Sin embargo, conservaba su confiada vivacidad de lenguaje. Hasta el último jadeo, seguiría siendo el jefe.

- Le diré exactamente cómo me ha dejado

-dijo-. Le transmitirá la misma impresión que hay en su mente, un agonizante, un agonizante que delira. En efecto, no puedo pensar por qué todo el cauce del océano no es una masa maciza de ostras, si tan prolíficas parecen. ¡Ah, estoy disparatando! ¡Qué raro, cómo el cerebro controla el cerebro! ¿Qué iba diciendo, Watson?

Mis instrucciones para el señor Culverton

Smith. Ah, sí, ya me acuerdo. Mi vida depende de eso. Convénzale, Watson. No hay buenas

relaciones entre nosotros. Su sobrino, Wat-

son..., sospechaba yo algo sucio y le permití

verlo. El muchacho murió horriblemente. Tiene un agravio contra mí. Usted le ablandará, Wat-

son. Ruéguele, pídaselo, tráigale aquí como sea.

Él puede salvarme, ¡sólo él!

- Le traeré un coche de punto, si le tengo

que traer como sea.

- No haga nada de eso. Usted le conven-

cerá para que venga. Y luego volverá antes que él. Ponga alguna excusa para no volver con él.

No lo olvide, Watson. No me vaya a fallar. Usted nunca me ha fallado. Sin duda, hay enemigos naturales que limitan el aumento de las

criaturas. Usted y yo, Watson, hemos hecho

nuestra parte. ¿Va a quedar el mundo, enton-

ces, invadido por las ostras? ¡No, no, es horrible! Transmítale todo lo que hay en su mente.

Le dejé con la imagen de ese magnífico intelecto balbuceando como un niño estúpido.

El me había entregado la llave, y con una feliz ocurrencia, me la llevé conmigo, no fuera a cerrar él mismo. La señora Hudson esperaba,

temblaba y lloraba en el pasillo. Detrás de mí, al salir del piso, oí la voz alta y fina de Holmes en alguna salmodia delirante. Abajo, mientras

yo silbaba llamando a un coche de punto, se me acercó un hombre entre la niebla.

- ¿Cómo está el señor Holmes? -preguntó.

Era un viejo conocido, el inspector Cor-

tón, de Scotland Yard, vestido con ropas nada oficiales.

- Está muy enfermo -contesté.

Me miró de un modo muy raro. Si no

hubiera sido demasiado diabólico, podría haber imaginado que la luz del farol de gas mostraba exultación en su cara.

- Había oído rumores de eso -dijo.

El coche me esperaba ya y le dejé.

Lower Burle Street resultó ser una línea

de bonitas casas extendidas en la vaga zona

limítrofe entre Notting Hill y Kensington. La casa ante la cual se detuvo mi cochero tenía un aire de ufana y solemne respetabilidad en sus verjas de hierro pasadas de moda, su enorme

puerta plegadiza y sus dorados relucientes.

Todo estaba en armonía con un solemne ma-

yordomo que apareció enmarcado en el fulgor

rosado de una luz eléctrica coloreada que había detrás de él.

- Sí, el señor Culverton Smith está en ca-

sa. ¡El doctor Watson! Muy bien, señor, subiré su tarjeta.

Mi humilde nombre y mi título no pare-

cieron impresionar al señor Culverton Smith. A través de la puerta medio abierta oí una voz aguda, petulante y penetrante:

- ¿Quién es esa persona? ¿Qué quiere?

Caramba, Staples, ¿cuántas veces tengo que decir que no quiero que me molesten en mis horas de estudio?

Hubo un suave chorro de respetuosas explicaciones por parte del mayordomo.

- Bueno, no lo voy a ver, Staples, no pue-

do dejar que se interrumpa así mi trabajo. No estoy en casa. Dígaselo. Dígale que venga por la mañana si quiere verme realmente.

Otra vez el suave murmullo.

- Bueno, bueno, déle ese recado. Puede venir por la mañana o puede no volver. Mi trabajo no tiene que sufrir obstáculos.

Pensé en Holmes revolviéndose en su le-

cho de enfermo, y contando los minutos, quizá, hasta que pudiera proporcionarle ayuda. No

era un momento como para detenerse en cere-

monias. Su vida dependía de mi prontitud.

Antes de que aquél mayordomo, todo excusas,

me entregara su mensaje, me abrí paso de un

empujón, dejándole atrás, y estaba ya en el

cuarto. Con un agudo grito de cólera, un hombre se levantó de una butaca

colocada junto al fue-go. Vi una gran cara amarilla, de áspera textura y grasienta, de pesada sotabarba, y unos ojos huraños y amenazadores que fulguraban hacía

mí por debajo de unas pobladas cejas color de arena. Su alargada cabeza calva llevaba una

gorrita de estar en casa, de terciopelo, inclinada con coquetería hacia un lado de su curva rosa-da. El cráneo era de enorme capacidad, y sin

embargo, bajando los ojos, vi con asombro que la figura de ese hombre era pequeña y frágil, y retorcida por los hombros y la espalda como

quien ha sufrido raquitismo desde su infancia.

- ¿Qué es esto? -gritó con voz aguda y

chillona-. ¿Qué significa esa intrusión? ¿No le mandé recado de que viniera mañana por la

mañana?

- Lo siento -dije-, pero el asunto no se

puede aplazar. El señor Sherlock Holmes...

El pronunciar el nombre de mi amigo tu-

vo un extraordinario efecto en el hombrecillo.

El aire de cólera desapareció en un momento de su cara, y sus rasgos se pusieron tensos y aler-tados.- ¿Viene de parte de Holmes? -preguntó.

- Acabo de dejarle.

- ¿Qué hay de Holmes? ¿Cómo está?

- Está desesperadamente enfermo. Por

eso he venido.

El hombre me hizo señal de que me sen-

tara en una butaca y se volvió para sentarse

otra vez en la suya. Al hacerlo así, vislumbré un atisbo de su cara en el espejo de encima de la chimenea. Hubiera podido jurar que mostraba

una maliciosa y abominable sonrisa. Pero me

convencí de que debía ser alguna contracción nerviosa que yo había sorprendido, pues un

momento después se volvió hacia mí con au-

téntica preocupación en sus facciones.

- Lamento saberlo -dijo-. Sólo conozco al

señor Holmes a través de algunos asuntos de

negocios que hemos tenido, pero siento gran

respeto hacia su talento y su personalidad. Es un aficionado del crimen, como yo de la enfermedad. Para él, el delincuente; para mí, el microbio. Ahí están mis prisiones -continuó, señalando una hilera de botellas y tarros en una mesita lateral-. Entre esos cultivos de gelatina, están cumpliendo su condena algunos de los

peores delincuentes del mundo.

- Por su especial conocimiento del tema,

es por lo que deseaba verle el señor Holmes.

Tiene una elevada opinión de usted, y pensó

que era la única persona en Londres que podría ayudarle.

El hombrecillo se sobresaltó, y la elegante

gorrita resbaló al suelo.

- ¿Por qué? -preguntó-. ¿Por qué iba a pensar el señor Holmes que yo le podía ayudar en su dificultad?

- Por su conocimiento de las enfermedades orientales.

- Pero ¿por qué iba a pensar que esa enfermedad que ha contraído es oriental?

- Porque en unas averiguaciones profesionales, ha trabajado con unos marineros chinos en los muelles.

- El señor Culverton Smith sonrió agradablemente y recogió su gorrita.

- Ah, es eso -dijo-, ¿es eso? Confío en que el asunto no sea tan grave como usted supone.

¿Cuánto tiempo lleva enfermo?

- Unos tres días.

- ¿Con delirios?

- De vez en cuando.

- ¡Vaya, vaya! Eso parece serio. Sería in-humano no responder a su llamada.
Lamento

mucho esta interrupción en mi trabajo, doctor Watson, pero este caso ciertamente es excepcional. Iré con usted enseguida.

Recordé la indicación de Holmes.

- Tengo otro recado que hacer -dije.

- Muy bien. Iré solo. Tengo anotada la di-

rección del señor Holmes. Puede estar seguro de que estaré allí antes de media hora.

Volví a entrar en la alcoba de Holmes con

el corazón desfalleciente. Tal como lo dejé, en mi ausencia podía haber ocurrido lo peor. Para mi enorme alivio, había mejorado mucho en el intervalo. Su aspecto era tan espectral como antes, pero había desaparecido toda huella de delirio y hablaba con una voz débil, en verdad, pero con algo de su habitual claridad y lucidez.

- Bueno, ¿le ha visto, Watson?

- Si, ya viene.

- ¡Admirable, Watson! ¡Admirable! Es usted el mejor de los mensajeros.

- Deseaba volver conmigo.

- Eso no hubiera valido, Watson. Sería obviamente imposible. ¿Preguntó que enfermedad tenía yo?

- Le hablé de los chinos en el East End.

- ¡Exactamente! Bueno, Watson, ha hecho

todo lo que podía hacer un buen amigo. Ahora puede desaparecer de la escena.

- Debo esperar a oír su opinión, Holmes.

- Claro que debe. Pero tengo razones pa-

ra suponer que esa opinión será mucho más

franca y valiosa si se imaginara que estamos solos. Queda el sitio justo detrás de la cabecera de mi cama.

- ¡Mi querido Holmes!

- Me temo que no hay alternativa, Wat-

son. El cuarto no se presta a esconderse, pero es preciso que lo haga, en cuanto que es menos probable que despierte sospechas. Pero ahí

mismo, Watson, se me antoja que podría hacer-se el trabajo. -De repente se incorporó con rígi-da atención en su cara hosca-. Ya se oyen las

ruedas, Watson. ¡Pronto, hombre, si de verdad me aprecia! Y no se mueva, pase lo que pase..., pase lo que pase, ¿me oye? ¡No hable! ¡No se mueva! escuche con toda atención.

Luego, en un momento, desapareció su

súbito acceso de energía, y sus palabras dominantes y llenas de sentido se extinguieron en los sordos y vagos murmullos de un hombre

delirante.

Desde el escondite donde me había meti-

do tan rápidamente, oí los pasos por la escalera, y la puerta de la alcoba que

se abría y cerraba.

Luego, para mi sorpresa, hubo un largo silencio, roto sólo por el pesado aliento y jadeo del enfermo. Pude imaginar que nuestro visitante estaba de pie junto a la cama y miraba al que sufría. Por fin se rompió ese extraño silencio.

- ¡Holmes! -gritó-. ¡Holmes! -con el tono

insistente de quien despierta a un dormido-.

¿Me oye, Holmes? -Hubo un roce, como si hubiera sacudido bruscamente al enfermo por

el hombro.

- ¿Es usted, señor Smith? -susurró Holmes-. Apenas me atrevería a esperar que vinie-ra.

El otro se rió.

- Ya me imagino que no -dijo-. Y sin em-

bargo, ya ve que estoy aquí. ¡Remordimientos de conciencia!

- Es muy bueno de su parte, muy noble.

Aprecio mucho sus especiales conocimientos.

Nuestro visitante lanzó una risita.

- Claro que sí. Por suerte, usted es el úni-

co hombre en Londres que los aprecia. ¿Sabe lo que le pasa?

- Lo mismo -dijo Holmes.

- ¡Ah! ¿Reconoce los síntomas?

- De sobra.

- Bueno, no me extrañaría, Holmes. No

me extrañaría que fuera lo mismo. Una mala

perspectiva para usted si lo es. El pobre Víctor se murió a los cuatro días; un muchacho fuerte, vigoroso. Como dijo usted, era muy chocante

que hubiera contraído una extraña enfermedad,

que, además, yo había estudiado especialmen-te. Singular coincidencia, Holmes. Fue usted muy listo al darse cuenta, pero poco caritativo al sugerir que fuera causa y efecto.

- Sabía que lo hizo usted.

- ¿Ah, sí? Bueno, usted no pudo probarlo,

en todo caso. Pero ¿qué piensa de usted mismo, difundiendo informes así sobre mí, y luego arrastrándose para que le ayude en el momento en que está en apuros? Qué clase de juego es éste, ¿eh?

Oí el aliento ronco y trabajoso del enfer-

mo. - ¡Déme agua! -jadeó.

- Está usted cerca de su fin, amigo mío,

pero no quiero que se vaya hasta que tenga yo unas palabras con usted. Por eso le doy agua.

Ea, ¡no la vierta por ahí! Está bien. ¿Entiende lo que le digo?

Holmes gimió.

- Haga por mí lo que pueda. Lo pasado,

pasado -susurró-. Yo me quitaré de la cabeza

esas palabras: juro que lo haré. Sólo cúreme y lo haré. - Olvidará, ¿qué?

- Bueno, lo de la muerte de Víctor Sava-

ge. Usted casi reconoció que lo había hecho. Lo olvidaré.

- Puede olvidarlo o recordarlo, como le

parezca. No le veo declarando en la tribuna de los testigos. Le veo entre otras maderas de forma muy diferente, mi buen Holmes, se lo ase-

guro. No me importa nada que sepa cómo mu-

rió mi sobrino. No es de él de quien hablamos.

Es de usted.

- Sí, sí.

- El tipo que vino a buscarme, no recuer-

do cómo se llama, dijo que había contraído esa enfermedad en el East End entre los marineros.

- Sólo así me lo puedo explicar.

- Usted está orgulloso de su cerebro,

Holmes, ¿verdad? Se considera listo, ¿no? Esta vez se ha encontrado con otro más listo. Ahora vuelva la vista atrás, Holmes. ¿No se imagina

de otro modo cómo podría haber contraído eso? - No puedo pensar. He perdido la razón.

¡Ayúdeme, por Dios!

- Sí, le ayudaré. Le ayudaré a entender

dónde está y cómo ha venido a parar a esto. Me gustaría que lo supiera antes de morir.

- Déme algo para aliviarme el dolor.

- Es doloroso, ¿verdad? Sí, los coolíes so-

lian chillar un poco al final. Le entra como un espasmo, imagino.

- Sí, sí; es un espasmo.

- Bueno, de todos modos, puede oír lo

que digo. ¡Escuche ahora! ¿No recuerda algún incidente desacostumbrado en su vida poco

antes de que empezaran sus síntomas?

- No, no, nada.

- Vuelva a pensar.

- Estoy demasiado mal para pensar.

- Bueno, entonces, le ayudaré. ¿Le llegó

algo por correo?

- ¿Por correo?

- ¿Una caja, por casualidad?

- Me desmayo. ¡Me muero!

- ¡Escuche, Holmes! -hubo un ruido como

si sacudiera al agonizante, y yo hice lo que pu-de para seguir callado en mi

escondite-. Debe oírme. Me va a oír. ¿Recuerda una caja; una caja de marfil? Llegó el miércoles. Usted la abrió,

¿recuerda?

- Sí, sí, la abrí. Dentro había un resorte agudo. Alguna broma...

- No fue una broma, como verá a su propia costa. Idiota, usted se empeño y ya lo tiene.

¿Quién le mandó cruzarse en mi camino? Si me hubiera dejado en paz, yo no le habría hecho nada. - Recuerdo -jadeó Holmes-. ¡El resorte!

Me hizo sangre. Esa caja... está en la mesa.

- ¡Esa misma, caramba! Y más vale que

salga del cuarto en mi bolsillo. Aquí va su último jirón de pruebas. Pero ya tiene la verdad, Holmes, y puede morir sabiendo que yo le

maté. Usted sabía demasiado del destino de

Víctor Savage, así que le he enviado a compar-tirlo. Está usted muy cerca de su final, Holmes.

Me quedaré aquí sentado y le veré como se

muere. La voz de Holmes había bajado a un susurro casi inaudible.

- ¿Qué es eso? -dijo Smith-. ¿Subir el gas?

Ah, las sombras empiezan a caer, ¿verdad? Sí, lo subiré para que me vea mejor. - Cruzó el

cuarto y la luz de repente se hizo más brillante-.

¿Hay algún otro servicio que pueda hacerle,
amigo mío?

- Un fósforo y un cigarrillo.

Casi grité de alegría y asombro. Hablaba

con su voz natural; un poco débil, quizá, pero la misma que yo conocía. Hubo una larga pau-sa y noté que Culverton estaba parado, miran-do mudo de asombro a su compañero.

- ¿Qué significa esto? -le oí decir al fin, en tono seco y ronco.

- El mejor modo de representar un per-

sonaje -dijo Holmes-. Le doy mi palabra de que

desde hace tres días no he probado de comer ni de beber hasta que usted ha tenido la bondad de darme un vaso de agua. Pero el tabaco es lo que encuentro más molesto. Ah, ahí unos cigarrillos. -Oí rascar un fósforo-. Esto está mucho mejor. ¡Hola, hola! ¿Oigo los pasos de un amigo? Fuera se oyeron unas pisadas, se abrió la puerta y apareció el inspector Morton.

- Todo está en orden y aquí tiene a su hombre -dijo Holmes.

El policía hizo las advertencias de rigor.

- Le detengo acusado del asesinato de un

tal Víctor Savage -concluyo.

- Y podría añadir que por intento de ase-

sinato de un tal Sherlock Holmes -observó mi amigo con una risita-. Para ahorrar molestias a un inválido, el señor Culverton Smith tuvo la bondad de

dar nuestra señal subiendo el gas.

Por cierto, el detenido tiene en el bolsillo derecho de la chaqueta una cajita que valdría más quitar de en medio. Gracias. Yo la trataría con

cuidado si fuera usted. Déjela ahí. Puede des-empeñar su papel en el juicio.

Hubo una súbita agitación y un forcejeo,

seguido por un ruido de hierro y un grito de dolor.- No conseguirá más que hacerse daño -

dijo el inspector-. Estése quieto, ¿quiere?

Sonó el ruido de las esposas al cerrarse.

- ¡Bonita trampa! -gritó la voz aguda y

gruñona-. Esto le llevará al banquillo a usted, Holmes, no a mí. Me pidió que viniera aquí a curarle. Me compadecí y vine. Ahora sin duda inventará que he dicho algo para apoyar sus

sospechas demenciales. Puede mentir como

guste, Holmes. Mi palabra es tan buena como la suya. - ¡Válgame Dios! - gritó Holmes-. Se me había olvidado del todo. Mi quiero Watson, le debo mil excusas. ¡Pensar que le he pasado por alto! No necesito presentarle al señor Culverton Smith, ya que entiendo que le ha conocido antes, esta tarde. ¿Tiene abajo el coche a punto?

Le seguiré en cuanto me vista; quizá sea útil en la comisaría.

»Nunca me había hecho más falta -dijo

Holmes, mientras se reanimaba con un vaso de borgoña y unas galletas, en los intervalos de su arreglo-. De todos modos, como usted sabe, mis costumbres son irregulares, y tal hazaña significa que mí menos que para la mayoría de los hombres. Era esencial que hiciera creer a la se-

ñora Hudson en la realidad de mi situación,
puesto que ella debía de transmitírsela a usted.

¿No se habrá ofendido, Watson? Se dará cuenta de que, entre sus muchos talentos, no hay lugar para el disimulo. Nunca habría sido capaz de darle a Smith la impresión de que su presencia era urgentemente necesaria, lo cual era el punto vital de todo el proyecto. Conociendo su naturaleza vengativa, seguro que vendría a ver su obra. - Pero ¿y su aspecto, Holmes, su cara fantasmal?

- Tres días de completo ayuno no mejoran la belleza de uno, Watson. Por lo demás, pasando una esponja con vaselina por la frente y poniendo belladona en los ojos, colorete en los pómulos y costras de cera en los labios, se puede producir un efecto muy satisfactorio.

Fingir enfermedades es un tema sobre el que he pensado a veces escribir una monografía. Un

poco de charla ocasional sobre medias coronas, ostras o cualquier otro tema extraño produce suficiente impresión de delirio.

- Pero, ¿por qué no me quiso dejar que
me acercara, puesto que en realidad no había infección?

- ¿Y usted lo pregunta, querido Watson?

¿Se imagina que no tengo respeto a su talento médico? ¿Podía imaginar yo que su astuto juicio iba a aceptar a un agonizante que, aunque débil, no tenía el pulso ni la temperatura anormales? A cuatro pasos se le podía engañar. Si no conseguía engañarle, ¿quién iba a traer a Smith a mi alcance? No, Watson, yo no tocaría

esa caja. Puede ver, si la mira de lado, el resorte agudo que sale cuando se abre, como un colmillo de víbora. Me atrevo a decir que fue con un recurso así con lo que halló la muerte el pobre Savage, que se interponía entre ese

monstruo y una herencia. Sin embargo, como sabe, mi co-rrespondencia es muy variada, y estoy un tanto en guardia contra cualquier paquete que me

llegue. Pero me pareció que fingiendo que él había conseguido realmente su propósito, po-dría arrancarle una confesión. Y he realizado ese proyecto con la perfección del verdadero artista. Gracias, Watson, tiene que ayudarme a ponerme la chaqueta. Cuando hayamos acaba-do en la comisaría, creo que no estaría de más tomar algo nutritivo en Simpson's.